

Gómez Valderrama

El presente volumen reúne sus cuentos aparecidos en los libros, **El retablo de Maese Pedro** (1967), **La procesión de los ardientes** (1973), **Más arriba del reino** (1981), **Los infiernos del Jerarca Brown** (1984), **La Nave de los Locos** (1984), así como los publicados en revistas durante sus últimos años y con los cuales venía preparando una edición -que no alcanzó a publicar como libro- y que agrupó bajo el título de **Las alas de los muertos**.

Esta edición de sus **Cuentos Completos**, es un homenaje a su obra, a la dignidad de su oficio y a la inmensa calidad que supo imprimirle a su creación. Un homenaje que los lectores colombianos, y en general los de habla hispana, acogerán con innegable beneplácito.

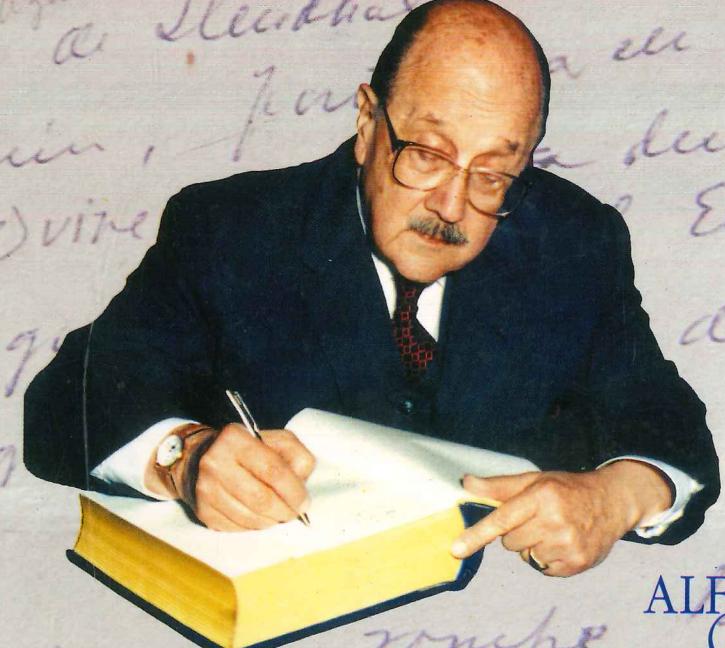


9 789582 403263

CUENTOS COMPLETOS
Gómez Valderrama



ALFAGUARA
Suscríbete



ALFAGUARA

Los infiernos del Jerarca Brown

notes
bienvenido al libro al que yo le dedico mi vida a la lectura
y el estudio de la cultura norteamericana. Aquí se presentan los resultados de mis investigaciones y descubrimientos.
John Brown es un personaje fascinante y complejo. Su historia es una mezcla de heroísmo, tristeza y tragedia. A través de sus ojos, podemos ver la lucha por la libertad y la justicia en el siglo XIX.

Esta tarde vino a visitarme John Brown. Por medio de un amigo se puso en contacto conmigo. Es un hombre que viene con un propósito definido: contar su historia. Venía en busca de un oyente, y lo encontró. Cuando mi amigo me explicó de qué se trataba, me despertó cierto interés. Apenas vi ese día a Brown, pero cuando llegó hoy a las cinco de la tarde, mi interés creció. Es un hombre de delgadez esquelética, de raza negra, con el cabello ya gris, lo mismo que las cejas hirsutas. Viste un viejo traje de tela tropical, de color indefinido, y viene cubierto con un impermeable de caucho crudo. Sus botas resuenan pausadamente al subir los escalones de mi biblioteca. Nada hay más característico en él, que el viejo sombrero, cuyas alas no parecen tener límites; el fieltro se ve quemado y corroído por el sol.

Brown habla despacio. En más de cincuenta años de hablar español y dialectos indígenas, no ha podido perder su nostalgia del inglés. Le hablo en inglés y desde ese momento, recurriremos a él cada vez que haya algún punto difícil en el relato.

Pensé, después de verlo marcharse, en el motivo de mi interés, aparte de oír sus historias minuciosas, y de ayudarle a satisfacer su aspiración de que su vida sea contada. Es un hombre que ha vivido prácticamente en la soledad durante cincuenta años. Soledad llena de rumores de selva, de espacios abiertos, de ríos insondables, pero soledad. Como fue solo en Chicago, en París, en Londres o en Liverpool, como lo fue en la cala de los barcos del mar de las Indias Occidentales. Es una soledad de la cual él tiene una patética conciencia: la soledad de su raza y de su color. La soledad del negro entre los blancos. Me he preguntado si no fue el color de su piel, esa soledad latente en él mismo, la que lo protegió del látigo y de las asechanzas del imperio del caucho. Una soledad de piel, que fue la que le indujo a escaparse de los suyos, que le ha ido llevando de tumbos en tumbos por el mundo, para lograr aquietarse únicamente en medio de la mayor soledad de lo exótico. A veces, bajo sus lentes de montura antigua y desmedrada, sus ojos, ante el brillo de la luz artificial, se mueven como sorprendidos bajo las gruesas cerdas de las cejas. Han aguantado bastante sol caliente; no es, en realidad, el resplandor el que los cohíbe. Es la vida ciudadana, es la compañía distinta de la aventurera y ocasional, es el espacio cerrado.

Brown no es hurao. Es un hombre sencillo, y tiene una cualidad de esas que no se pierden a lo largo de la vida: la bondad. Lo posee una bondad ingenua, que transpira su relato. Porque ya hoy comenzó a contarme su vida, y va a seguir contándomela mañana. Tendrá que llevar un ritmo apresurado, pues no son muchos los días de que dispone antes de regresar al Sur.

Ha contado su historia muchas veces, lo veo, lo siento en frases que de ella surgen sin que él se dé cuenta, frases estereotipadas, o frases sentimentales. Pero me doy cuenta de que, hasta ahora, se ha sentido un tanto defraudado por sus oyentes. Porque ha contado su historia en medio de gentes que han vivido lo mismo. Por eso su historia se ha ido petrificando. Sin embargo, detrás se siente la tragedia vital. Tiene algo sorprendente: la igualdad de tono. No pone el énfasis dramático en el momento de peligro. Ni lo pone melancólico en el instante de recordar los adioses. Con los años, esto tiene ya menor importancia para él, seguramente. Y, por otra parte, considera de una pieza su vida. Tal vez él no sospechó nunca que podría tener interés, hasta que alguien se lo dijo. Y aún no establece a cabalidad todo el interés que, en verdad, tiene.

Vino acompañado de un amigo, hombre joven y sólido, que dejó en mis manos al "Jerarca". ¿Jerarca por qué? Así lo llamamos por su edad, por todo lo que ha logrado vivir.

Es, evidentemente el Jerarca. Y este relato va a ser la historia de sus descensos al infierno. A veces se piensa que los infiernos son condiciones de la vida; para Brown fueron infiernos los sitios donde la vida era más placentera para otros. Por eso, son sus infiernos particulares, a los cuales me ha invitado, y que hoy hemos comenzado a descender.

JOHN BROWN, nacido en Chicago, U.S.A., el viernes 23 de septiembre de 1879, a las siete de la mañana; hijo de William Brown y Elizabeth Brown, ambos "*colored people*". Cuarto hijo de una familia de nueve. Religión, protestante. Nunca fue a la escuela, porque los negros no eran recibidos en las escuelas de la gente blanca. Residente hoy en Puerto Leguízamo, trabaja en la Base de la Fuerza Naval del Sur. Tiene cédula de extranjería No. 1264, expedida en el puerto de Leticia.

El primer infierno

William Brown murió, de exceso de trabajo, o de melancolía —John no lo sabe— en 1886. La familia siguió viviendo en la misma calle de Chicago, la 77. La Guerra de Secesión había dejado una huella perdurable, la fiebre del oro también había dejado sus rastros, era la época en que los Estados Unidos comenzaban a agitarse dentro del desorden de un pueblo en formación; el Oeste era aún en todo su apogeo el Far West, el petróleo en Oklahoma, las praderas —semejantes a las del Gran Manitou— en Texas. Chicago era ya un gigantesco almacén de comida, el más grande mercado de grano, la meca de los alimentos vegetales y animales.

En la calle 77, apretados, incómodos, hostilizados por el medio, vegetaban los Brown, subsistiendo difícilmente. El chiquillo de siete, de ocho años, erraba todo el día por las calles. Se aproximaba a los muelles para escrutar los barcos que cruzaban el Lago; oía la jerga de los marineros, veía los rubios escandinavos, los pausados ingleses, los dramáticos franceses. Se deslizaba entre las tabernas del puerto, presenciaba las horas de alcohol y de mujeres, y sobre todo veía que la gente siempre se iba, que ninguno de estos marineros gigantescos iba a demorarse más de tres, de cuatro días, y volvería a partir. El mar para John era apenas la extensión al infinito del Lago; no tenía trabajo en imaginarlo.

Un día, ya había cumplido diez años, no volvió más a su casa. Para Mother Brown era difícil mantener tantas bocas, desde que el padre muriera, cuando la huelga de 1886. Todavía, a pesar de estar en el Norte, y a pesar de los largos años transcurridos, Brown había aprendido ya, a costa propia, que los blancos no gustaban mucho de los negros. Y había oído, sí, en sus vagabundeos callejeros, que en otros países eran mejores las cosas. Al fin, resolvió irse.

Anduvo todo el día, y la noche, por cerca a los muelles. Al amanecer vio un pesquero que iba a levar anclas. Y con su figura menuda, logró deslizarse sin ser visto, y esconderse en cubierta, entre un montón de cabos enrollados. Sabía que no debía irse hacia el Sur, en ningún caso; en las noches sin sueño había oído hablar del Ku-Klux-Klan; y quería irse, simplemente, irse a buscarle otra cara a los hombres.

Un colombiano ilustre, don Salvador Camacho Roldán llegó a la ciudad de Chicago en 1887, poco después de la fuga del negrito. Y su testimonio sobre la ciudad y su desarrollo —lo que tan ajeno veían los ojos de John Brown— quedó consignado en sus "Notas de Viaje". Allí dice, describiendo su llegada en tren:

“...Por la tarde empezó a menudear el número de locomotoras que veíamos pasar a lo lejos, al norte, al sur, al oriente, al occidente, y también cruzábamos ya con frecuencia los rieles de otras líneas. Luego alcanzamos a ver a nuestra derecha los reflejos de un mar; las velas blancas de los botes pescadores, semejantes a bandas de gaviotas, y la cabellera flotante de humo de los vapores, aparecieron en lontananza; a nuestro frente el horizonte se cubría de nubes de humo espeso que brotaban de altas chimeneas; entramos en un campo cubierto en una gran extensión de rieles extendidos en un gran número de paralelas. Estábamos en Chicago. Tumulto inmenso en la estación. Atentos a nuestros baúles y maletas en medio de esa multitud, ya no volvimos a ver nada hasta que nos detuvimos a la puerta del hotel Sherman”.

“Chicago es uno de los milagros realizados por los americanos en el siglo XIX. Su localidad se reducía a una llanura pantanosa en el costado sudoeste del lago Michigan, atravesada por un pequeño río que allí descargaba sus aguas. Una o dos chozas de cazadores y un fuerte de poca importancia construido por el Gobierno para vigilar a los indios, constituyán todo su caserío. En 1835, un señor Beaubien compró en \$94.61 todo el terreno en que está edificada hoy la ciudad, lo dividió en lotes y ofreció algunos de ellos en la Bolsa de Nueva York; hecho que Michel Chevalier menciona en sus célebres “Cartas sobre la América del Norte”, publicadas en 1836. En un pleito que se siguió, el título de Beaubien a la propiedad de esas tierras fue declarado nulo, y los proyectos de éste vinieron al suelo. En 1837, sin embargo, principió la construcción de la ciudad... Algo semejante ha sucedido en Chicago y en toda esa región del Oeste y Noroeste de los Estados Unidos. Pobló esas llanuras espléndidas, no el salvaje ignorante, sino el hombre ya civilizado; gobernó la emigración de esos nuevos israelitas la libertad inteligente, no el brazo de hierro de Moisés, inspirado por el demonio de la intolerancia; sembró semillas fecundas en el suelo fértil, no sembró de sal las ruinas humeantes de las ciudades destruidas...”.

Pero antes, hablando de los hermanos negros de Brown en Luisiana, había dicho estas palabras que bien podía Brown haberse echado al bolsillo al huir:

“...Algún día serán encajonadas las corrientes, hoy indomables, del “Padre de las Aguas”, algún siglo después se abrirá lecho a las estancadas de los pantanos, y lo que hoy es centro de putrefacción y de miasmas, será suelo fértil en que el hombre blanco podrá fundar con seguridad hogares tranquilos, pero mientras llega ese día, quizá tan sólo

los hijos de la noche podrán habitar en esa región; a lo menos sólo ellos podrán criar allí sus hijos, multiplicar su descendencia y fundar una nueva civilización... ¿Algo semejante a esta evolución no deberá ser —interrogaba don Salvador— el destino de la América tropical en las orillas del Atrato, del Magdalena, del Orinoco y del Amazonas?”¹.

Brown no sabe en qué puerto de los lagos le depositaron, con unos buenos puntapiés en el trasero, y un *quarter* en la mano; ni recuerda exactamente cómo fueron sus días de vagabundeo para llegar a Nueva York. Para él, la Nueva York de ese entonces no es sino el estrépito de los muelles, los bares abiertos a la media noche, las carcajadas obscenas de los ebrios; a veces una moneda, otras un golpe, otras un trabajo de uno o dos días. En ocasiones se aproximaba tanto como era posible a mirar el agua fangosa del puerto, a pensar que esa agua era en verdad el mar.

Una noche andaba errante por las calles, desconcertado como siempre, pensando dónde podría obtener un mendrugo a cambio de lavar los platos, cuando pasó un grupo turbulento y ruidoso de marineros. Cantaban en un idioma extranjero. Brown se les acercó con timidez, y les preguntó si zarpaban. Uno de ellos le contestó que sí, entre carcajadas. Zarpaban a las siete de la mañana. Y le preguntó, bromeando, si quería irse con ellos. Brown asintió, y tomó un tropecillo discreto junto a los hombres borrachos. Llegaron al muelle. Allí en la oscuridad estaba la masa negra del barco. Con grandes ruidos y risas, le hicieron subir. Al llegar arriba, comprendió por qué no lo habían hecho en silencio: el centinela estaba también borracho perdido. Le hicieron pasar, trabajosamente, al compartimento de la bodega donde se almacenaba el carbón de las máquinas. Allí quedó encerrado en la oscuridad, que sólo se interrumpió al tercer día, cuando uno de ellos entró a llevarle algún alimento y agua. Pero Brown no pudo tomar nada. Su primer contacto con el mar le había mareado desesperadamente, y pensaba que iba a morir. Y así pasaron los quince días de la travesía; hasta que un día oyó un movimiento inusual. Y se repitió nuevamente la escena que ya conocía: el puntapié en el trasero y la moneda en la mano. Estaba en El Havre.

Allí permaneció varios días lavando platos en un restaurante de marineros. No entendía nada de lo que le decían, pero no le importaba. Al fin y al cabo, poco caso hacían de él. Un día, se aburrió, y dirigió su escuálido cuerpo a la estación del tren, que quedaba cercana, y allí también se deslizó. Era mucho más fácil entrar de poli-

1. Salvador Camacho Roldán, *Notas de Viaje*, págs. 425 y 537. Ed. Garnier, París 1838.

zón en un tren francés que en un barco. Vinieron luego las horas de movimiento, las paradas en las estaciones, y el alboroto final. Y fue así como John Brown, americano en exilio entró por la Gare Saint Lazare al París de la Belle Epoque.

John Brown se encontraba en el París que hoy alcanzamos a identificar en los grabados amarillentos, el París misterioso y proteíco que se iba acrisolando para Toulouse-Lautrec, y en el cual desde 1887 había comenzado a erguirse el poder de la Tour Eiffel, con todas sus sugerencias freudianas y su inefable y adorable fealdad. ¿Cómo era el París de entonces? Hojeando viejos libros, se adquiere una idea de lo que vivía entonces cerca de John Brown. Y que para John Brown transcurrió más o menos ignorado, salvo los tejados de París, inolvidables, contemplados en su buhardilla a las cinco de la mañana, o el rumor de los coches de los transnochadores por el Boulevard des Italiens.

Las "Notas sobre París" de Hipólito Taine, son un encantador libro sobre el París de la segunda mitad del siglo XIX. Estos libros, leídos a distancia, explican en determinados momentos el motivo de la atracción de París sobre el mundo. En otros momentos, dan una serie de memorables recuerdos picarescos que contribuyen como ningún otro a caracterizar la vida de una época. Las "Notas" de Taine son puestas en boca de un Monsieur Graindorge, americano, que anota su vida de París. El libro abre con esta anotación de un 7 de diciembre:

"Ayer, en los italianios, "Cosí fan tutte", con la Frezzolini. Me hallaba en el anfiteatro; de siete mujeres que estaban a mi alrededor, había seis *loretas*.

"Dos de veintiocho años, poco más o menos; la una, un verdadero tipo de Boucher, algo gastada; la otra, un tipo de Ticiano, blanda, blanca, orejita grasa, los cabellos enmarañados en nube por encima de la frente, rubios, caídos sobre la nuca y recogidos con una peineta de oro. La piel es de una blancura mate sorprendente. En tiempo de Ticiano hubiera sido simplemente enérgica y estúpida; hoy mancillada, envilecida, desvergonzada, acostumbrada a las afrentas y a la insolencia, lleva diez años de baños de polvos de arroz, de vigilias, de paté de foie gras. Lo que ha aprendido es a comer bien y finamente, a beber vino fino y seco; es una mujer de cenas. Está ya empastada y se encamina a la oca gorda. Le contaba a su amiga una comida reciente, un bonito piscolabis, los vinos, el café, el servicio, volviendo los ojos con una lentitud gastronómica"².

2. Hipólito Taine. *Notas sobre París*, pág. 15. Colección Austral. Traducción de Alfredo Opisso. Doy el texto de la traducción pero corrigiendo algunos notorios

Más adelante³ nos encontramos con la descripción de una escena que muy bien pudieron ver en un día de permiso los ojos desconcertados de John Brown:

"En el Casino, rue Cadet.

Seiscientas personas, poco más o menos; hedor de gas, olor de tabaco, calor y vapor de los cuerpos amontonados. Hay unos rinconcitos en que se puede beber, una especie de *foyer* en el que se codea uno, una gran sala de baile con un pavimento blancuzco, regado, aquí y allí bancos de viejo terciopelo usado, un mobiliario de casa de huéspedes".

"Muchas mujeres son lindas, de cara regular; pero todas gastadas, ensuciadas por el afeite. Han cenado, velado; a la mañana siguiente mucha pomada y *cold cream*; esto les da un tinte único. Las voces son roncas, rajadas o agudas. Mariette la Tolosana tiene esa voz tensa, endurecida, que dan los *chicos*. Medios trajes que forman un término medio entre el de la griseta y el de la señora; apuesto a que veinte de esas manteletas han sido alquiladas para la noche o estarán empeñadas mañana".

"La más notoria es la Mariette. Súbese sobre los bancos; las dos filas se aproximan, los hombres se ahogan para verla bailar. Tinte grisáceo, talle grueso, flaca sin embargo; pero toda músculos. Levanta la pierna por encima de la cabeza, lleva pantalones. Suda, se esponja, hace esfuerzos, como un saltarín de cuerda. Se encuentra bonito eso. Mi vecino pretende que se come 20.000 francos por año. Habla y no le falta chispa; pero las cosas que dice no pueden escribirse... Tiene envidiosas. Una mujer a mi lado dice: —Mariette baila bien; pero es algo canalla".

También Eca de Queiroz dejó su testimonio de extranjero sobre París. París es uno de esos motivos peligrosos, eminentemente incitantes, y que, sin embargo, muestra tal cantidad de facetas que no tiene la peligrosa facilidad de los grandes temas, ese impulso hacia la grandilocuencia. Allí se puede, como lo hace el mismo Queiroz, hacer comprobaciones históricas como ésta:

"Aún hace poco se averiguó y probó con documentos el número de pares de medias de seda que Napoleón usaba cada año.

errores. El traductor anota que el término "Loreta", aquí empleado, vendría a ser una locución anticuada de "cocotte", ya anticuado también. El nombre de Loreto venía del sector por ellas frecuentado, de la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

3. Id., pág. 36.

Eran 365. Nadie se quejó. Fue un detalle histórico generalmente apreciado⁴.

“Yo no diré —decía Eca de Queiroz— como lord Beaconsfield, que ‘en el mundo sólo hay de verdaderamente interesante París y Londres; y todo lo demás es paisaje’. Es realmente difícil considerar a Roma como un nido balanceándose sobre la rama de un olmo o ver sólo en el movimiento social de Alemania un fresco regato que va cantando por entre altas hierbas...”⁵. “El mundo se va convirtiendo en una caricatura universal del Boulevard y de la Regent Street. Y el modelo de las dos ciudades es tan invasor que cuanto más se desoriginaliza una raza y se inclina a la moda francesa o británica, más se considera civilizada y merecedora de los aplausos del ‘Times’. ...Positivamente inclíname también hacia la idea de lord Beaconsfield; la originalidad viva del Universo está en París y en Londres; todo lo demás es mala imitación de provincia. Por eso la curiosidad pública está impelida para allí; echando al resto del mundo aquel mirar rápido que se dirige al fondo de los retratos donde verdeguean vaguedades de paisaje o se perfilan líneas de un pórtico... El deseo más natural del hombre, es saber lo que ocurre en su barrio y en París⁶.

No fue esta la idea de Brown al llegar. Fue, más bien, llevado por las corrientes del Atlántico; vino a dar de brucos en París antes de saber que existía, y con la sola idea de que en el mundo había sitios donde se trataba mejor a los negros que en su ciudad de Chicago.

Las dos últimas décadas del siglo, están llenas, en París como en el mundo, de convulsiones premonitorias de un cambio, de un desajuste o reajuste que sólo empezará a tener lugar cuando, con la guerra del 14, expire de verdad la Belle Epoque, y fenezca con ella el tiempo de infancia de Brown perdido en las cocinas y en las despensas de los hoteles de lujo, de los cuales no conocerá más que la puerta de servicio.

Buscando al azar el relato de una de esas convulsiones, de esos acontecimientos colectivos de fin de siglo que tendrían su culminación en Sarajevo, hallo que el mismo Queiroz⁷, dejó el más breve

4. “Ecos de París”, pág. 57. Trad. de Andrés González Blanco. Biblioteca Nueva. Madrid, 1920.

5. O. C. pág. 5.

6. O. C. págs. 10-11.

7. O. C. págs. 233-234.

y hermoso, que podría equivaler a uno cualquiera de los de los años anteriores. Aunque se trate de 1894, (cuando ya Brown estaba en otros sitios), vale la pena evocarlo, porque nos trae un viento del mismo París de la Comuna, y casi del París de un siglo atrás: del París, en fin, del cual decía —¿con un cierto dejo de rencores?— que “si realmente el mundo fuese únicamente un paisaje accesorio, la devoción burguesa por París y Londres, residencias privilegiadas de la humanidad creadora, sería justificable” ...Dice así:

“...París, sentado en las terrazas de los cafés, bebiendo, despaciosamente y a tragos, limonada o jarabe de grosella con soda, enjuaga el sudor de la frente y reposa de las emociones porque pasó esta semana, con 35 grados de calor (a la sombra). Qué emociones, en efecto, tan atropelladas, tan diversas, desde esa mañana del martes, en que cada uno de nosotros fue despertado casi violentamente por su criado, que sin abrir las vidrieras, difundiendo en la alcoba un poco del horror y del asombro que invadió a la ciudad, exclamaba y balbuceaba: ‘¡El señor Carnot fue asesinado en Lyon!...’.

“Después de esto no era posible ni adormecerse de nuevo, ni desperezarse. París entero, sin baño, casi sin almuerzo, salió a la calle, como Atenas en los grandes días cívicos, y en la calle se quedó durante una semana, hablando alto y comprando vorazmente periódicos. Tantos periódicos arrebataba y luego tiraba, que a la noche el macadam y el asfalto desaparecieron bajo una capa de lodo impreso, el más triste de todos los lodos.

“Esta multitud, tan sobreexcitada interiormente, conservaba sin embargo, una compostura tranquila, semejante a la de un público en un teatro, que, mientras los héroes agonizan en el tablado, se siente perfectamente seguro, y seguras en torno suyo la vida y la tranquilidad de la ciudad. Es que la muerte de Carnot sólo afectó realmente la imaginación de París. Era como una tragedia, improvisada por un fuerte genio trágico, representada inesperadamente una noche en Lyon, y cuyos lances de sangre y de luto viniesen contando los diarios...”.

Estas líneas aprisionan un inveterado matiz parisense: el mismo que le da a uno la sensación, al llegar, de que llega como cae una piedra en el agua, y el agua se cierra en torno silenciosamente. Los círculos concéntricos desaparecen brevemente. Y al salir, la angustiosa sensación de que nada dejará de andar, de moverse, de ser, por la ausencia del viajero a quien le parece dejar allí tanto de sí.

Brown no pensaba en estas cosas. Un muchacho de once años mal podía pensar cosa distinta de la vida fatigante y azarosa,

dependiente de la comida que le daban los hoteleros tocados de simpatía, a cambio de un lavado de platos. Brown recuerda vagamente los nombres. Su pronunciación americana, los hace más difíciles, y no sabe deletrearlos, porque entonces no sabía leer. El Hotel Grand Chavert, dice. El hotel Grand Marché, nombre más fácilmente identificable. No recuerda sino vagamente los sitios. Son imposibles de ubicar. Cayeron, posiblemente, viejos hoteles fuera de moda, en el gran naufragio de la Belle Epoque. O a lo mejor todavía tienen una penosa existencia, como hoteles de paso, de "chambres meublées", como se encuentran en tantos sitios sorprendentes de París.

Entre estos dos hoteles se mueve su vida, no sabe precisar por cuánto tiempo. Recuerda, sí, que amaba vagabundear por los jardines en los días de ocio; montar en los tranvías, que eran ornato de esa época. Sentir la vida buena, la gente amable. Así vivió año y medio. La persona que fue más definitiva, el solo nombre que recuerda, fue el cocinero portugués Domingo Preto, que lo protegió y le trató bondadosamente. John iba economizando todo dinero que recibía, con el lejano propósito de enviar algo a su madre.

Un día, resolvió irse. Conoció a un marinero mulato, norteamericano, en el hotel. Brown le contó la historia de su viaje. El hombre le ofreció llevarle a Inglaterra, y el muchacho aceptó. Y así sin transición, Brown volvió a encontrarse hablando inglés, en las calles de los barrios marineros de Liverpool, trabajando nuevamente en los hoteles y pescando propinas. Gracias a Robert, el americano, logró un carnet de marinero que le permitía dormir más barato en el Seaman's Home. Así se pasan, sin nada extraordinario, con la consuetudinaria miseria y la rudeza del medio, otros dos años en la vida de Brown. Años de las calles de Liverpool, donde un día conoce a otro americano, moreno como él, que respondía al nombre de James Henry. Marinero, hacía 5 años vivía en Liverpool. Tenía una mujer blanca —Margaret—, y navegaba en los barcos de Budd & Co. en viajes de línea al Africa Occidental, a la India, a Sur Africa y Australia.

La conversación de Henry despertó nuevas inquietudes en el muchacho. Le oía hablar de parajes exóticos, de climas absurdos, de mujeres extrañas, de gin en los puertos africanos. Brown quiso viajar, empezó a aspirar a la mejor solución para su vida, andar de una a otra parte, hacerse marinero. Henry le consiguió trabajo en el Blockitt Hall, donde vivía su amante. Y allí transcurrió, trabajando, otro año y medio de la vida de Brown, ganando 5 y medio shillings por mes, comida y cama. Margaret, la blanca, le había tomado afición

y le ayudaba. En las largas épocas en que su hombre viajaba, Brown la acompañaba, salvo cuando acaecían otros amantes para llenar la soledad. John seguía atesorando; cada vez que lograba conseguir una moneda de oro la guardaba en el pañuelo en que se iban acumulando, cuidadosamente atados, los ahorros de esos años. Tenía la idea aún confusa de llegar un día a Chicago, deslumbrante de riqueza, a redimir a su madre de la fatiga y de la asfixiante estrechez y miseria.

Así como John había pasado como a través de un cristal la Belle Epoque de París, alcanzaba a vivir, todavía, los años de brillo de la era victoriana. Inglaterra era poderosa, sus líneas trasatlánticas cruzaban el globo, los ingleses de casco blanco eran conocidos en el mundo entero, el imperio colonial se afianzaba desde Jamaica a la India. Las "public schools" y las universidades producían a torrentes el tipo introvertido y aislado del inglés colonial, creado deliberadamente para gobernar el mundo sin entrar en contacto con la vida y las pasiones de los países sometidos. El imperio daba la vuelta al mundo, a Inglaterra llegaban los barcos con la estiba repleta de productos exóticos, y se devolvían de allí a todos los sitios del planeta. Liverpool era el hervidero, la punta extrema del mundo europeo sobre las tierras conquistadas, como lo había sido antes el pequeño puerto de Palos de Moguer. Pero con el vapor, con las calderas en los barcos, con el naufragio de los últimos clippers y la hélice instalada como medio de propulsión de la flota mercante británica, el triunfo de la marina inglesa se había consolidado rotundamente, los mejores barcos eran ingleses, el mejor comercio era inglés. Britannia victoriana señoreaba el mundo. Y aquello se sentía en el ambiente, se percibía en los docks de Liverpool, se sentía en los aromas de especias que invadían de pronto los muelles al destaparse la carga de algún barco.

En esos tiempos —un poco antes— el mismo francés que redactara las notas del americano sobre París, Hipólito Taine, redactó unas agudas observaciones sobre Inglaterra, producto de sus viajes. En una de esas notas, dice:

"...Conversación con un inglés de la clase media, hijo de un negociante, a lo que yo supongo; no sabe ni francés, ni alemán, ni italiano; no puede decirse que sea un perfecto gentleman. Veinticinco años, fisonomía burlona, decidida, incisiva; acaba de hacer por gusto y para instruirse un viaje que ha durado doce meses, y vuelve de la India y de Australia. En total, cuarenta mil millas. "Para conocer los pueblos —dice— es preciso verlos".

"Es de Liverpool. Allí —dice— con trescientas o cuatrocientas libras esterlinas, una familia que no tenga coche puede vivir

confortablemente. Es preciso casarse, cosa natural; él espera hacerlo antes de dos o tres años. De no encontrar la persona que uno desea para pasar con ella toda la vida, es preferible permanecer soltero. Pero siempre se la encuentra; sólo que hay que procurar no dejarla pasar". El la encontró varias veces cuando era muy joven, pero no tenía bastante fortuna. Ahora que es independiente va a buscarla. Una dote no es necesaria. Es muy natural y hasta agradable el imponerse la carga de una mujer pobre. "Si vuestra mujer es buena y os quiere, bien vale todo eso".

"Comprendo —comenta Taine— en qué consiste la felicidad de los ingleses: en estar en el *home*, a las seis de la tarde, con una mujer agradable y fiel: el té; cuatro o cinco niños sobre las rodillas, y criados respetuosos"…⁸.

Nada de esto fue lo que conoció Brown de Inglaterra. Sin embargo, al recordar los años de miseria, la buena compañía de Henry, de Margaret, los vagabundeo por Liverpool, se ríe anchamente; fueron años buenos. En el fondo es un hombre conforme con su propia vida.

Al regresar Henry de uno de sus viajes, John sabía leer. Margaret había ido, trabajosamente, enseñándole. El muchacho crecía y Henry le dijo un día que era tiempo de que pensara en hacerse a la mar, en entrar a navegar como marino mercante. A John se le alborotaron en el recuerdo las historias que oía todos los días en su deambular de oficios subalternos, y decidió hacerse marinero. Por primera vez en su vida, necesitó papeles. Necesitaba su certificado de nacimiento. Y fue entonces cuando para Mother Brown resucitó, en tierras lejanas, uno de sus numerosos hijos, que creía muerto. Llegó una carta apremiante, pidiéndole el envío de su certificado. Y con ella, el primer dinero que le enviaba.

El certificado llegó, y mientras Henry hacía otro viaje, Brown obtuvo su licencia, que reposó en el fondo del baúl de Margaret, hasta que un día pudo enrolarse como ayudante de carbonero.

El segundo infierno

Cuando penetró por primera vez a las profundidades de la bodega y echó la primera paletada de carbón, tendría tal vez quince años. Se le abrió entonces el mar, en el fondo de una caja bamboleante, hirviente en medio de los calores del Caribe, Jamaica, Barbados,

8. H. Taine, "Notas de Inglaterra". Tomo I, págs. 15-16. Ed. Colección Universal, Madrid, 1940.

y vuelta a Liverpool. En Trinidad, una escala de cinco días, y la iniciación temerosa en los misterios del puerto. Y luego, otra vez la monotonía infinita, el calor desesperado de la sentina, la caja cerrada del barquichuelo. El regreso a Liverpool, la espera por otro barco, atesorando la mísera paga. Y vuelta a la misma ruta, llegando esta vez hasta Santa Lucía.

Al volver a Liverpool, volvía Henry de un viaje por el África Occidental. Y en medio del relato de sus experiencias, le preguntó bruscamente: —¿Cuándo vas a conseguir una mujer? John meneó la cabeza.

—Consigue novia inglesa, ¡white girl!

—A las blancas no les gustan los negros.

—Mírame a mí, ¡yo tengo blanca! —Le respondió Henry besando ávidamente a Margaret, y riendo con toda su ancha boca. John se fue cabizbajo. A los pocos días estaba de nuevo en medio del mar: Jamaica, Barbados, y ocho días en Puerto España. Aquella vez sí se dejó llevar por sus compañeros, en la estruendosa gritería de alcohol y de lujuria. Guardaba todavía una extraña sensación de las caricias de Margaret. Pero fue en aquel bar de puerto donde se le descorrió el velo del misterio. Amanda Cabrest era una eurasiana llevada allí por las corrientes ocultas de la prostitución internacional. Casi blanca, sonreía sin embargo con una enigmática sonrisa china. Y aquella noche John Brown empezó a ser hombre. Al contarla describe minuciosamente los detalles, la cortinilla de bambú, los vestidos que caían al suelo, el camino de regreso al muelle con ella, el adiós junto al bote, la distancia. No fue una vez, fueron muchas en el curso de sus viajes en el "Napo", en el "Thompson" en todos los barcos de la Compañía; llegaba a encontrar siempre la sonrisa callada y sumisa. Hasta que finalmente un día no la encontró más. Amanda había muerto, de marinero. Pero en aquel mismo viaje, llegó a Santa Lucía. Allí estaba Isabelle, una francesa que había encallado hacía años, de tránsito hacia el Sur. Y así, en dos años de Inglaterra al Caribe y vuelta, empiezan a pasar nombres que se vuelven confusos, pieles cuyo color ya no se determina, gemidos que pueden ser carcajadas, todo mezclado con la estela del barco, y el carbón ardiente en el fondo de la cala.

Un día, apenas descendido del barco, tropezó con Thomas Webb, un marinero inglés, que llegaba también. En el Seaman's Home, donde se alojaron los dos, conversaron. Webb seguía hacia Londres, a buscar otro barco. A la mañana siguiente, Brown se metió con él en un tren.

Otro viajero suramericano, don Miguel Cané, en un libro de sus experiencias diplomáticas, "En viaje" lleno de su visita sobre Colombia, habla de lo que era Londres en 1881 y 1882, el Londres que Brown apenas entrevió:

"...Un verde más claro que en las campañas de la Normandía que acabo de atravesar. Estaciones a cada paso, que adivinamos por el ruido al cruzar como el rayo por su frente, sin apercibir más que una masa informe. El tren ondea y a favor de la curva, vemos a lo lejos una mole inmensa, coronada de humo opaco. Empezamos a entrar en Londres, estamos ya en él y la máquina no disminuye su velocidad; a nuestros pies, millares de casas idénticas, rojizas; vemos venir un tren contra nosotros; pasa rugiendo bajo el viaducto sobre el que corremos. Otro cruza encima de nuestras cabezas, todos con inmensa velocidad. Y anduvimos, cruzando un río, nos detenemos un momento en una estación, volvemos a ponernos en camino, atravesamos de nuevo el mismo río sobre otro puente. La francesita, atónita, se estrecha contra el marido, que a su vez tiene la fisonomía inquieta y preocupada. Es la inevitable y primera sensación que causa Londres; la inmensidad, el ruido, el tumulto, producen los efectos del desierto; uno se siente solo, abandonado en aquel mundo adusto y de un aspecto severo..."⁹.

De Londres sólo pudo ver el East End, las tabernas de los chinos de Limehouse, los docks. No había ocupación. Los dos marcharon a Southampton y se enrolaron en un barco de la Royal Mail. Por primera vez Brown era fogonero y tenía su ayudante alcanzándole paletadas de carbón. Fue así como subió una grada en el infierno, y continuó tostándose a fuego lento en la ruta de las Indias Occidentales. Uno, dos años, siguen, llenos de nombres de puertos, de cargamentos de miel y de limón, de banano y de coco. Un día llega a Glasgow, y se encuentra enrolado en la White Line. La ruta es diferente: Oporto, Lisboa, Río de Janeiro y el Amazonas. Belem do Pará. La cala del barco se llena de caucho, se oyen historias fabulosas, Cipango y Catay están vivos allí, después de siglos. La Atlántida reencarnada y sumida en el mar verde de la selva. En sus breves descansos, Brown escudriña las márgenes iguales del Río de las Amazonas. El Indio Dorado es solamente un fantasma, ha desaparecido el País de la Canela. Pero se encuentra vivo el País del Caucho, con un fabuloso imperio metido en el centro de la selva.

9. Miguel Cané. "En Viaje", pág. 45. Garnier. París, 1884.

Todavía parece que a veces corriera el viento homérico que hizo soñar a Orellana en las Amazonas. Si Beleronfote las venció cuando invadieron a Licia, si Teseo raptor de Antíope las derrotó a costa de la muerte de su amada, si Diodoro de Sicilia da noticia de las africanas, Orellana quiso verlas, y le comieron el nombre, imponiéndose sobre su Río. "Sin seno", como en la etimología griega, amputadas para poder luchar más fácilmente. Fray Gaspar de Carvajal, en su "Relación del descubrimiento del Río Grande de las Amazonas", también las ve, Orellana se las hace ver, le crea los fantasmas guerreros:

"...El capitán le tornó a preguntar que si estas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no. El capitán le tornó a preguntar que de qué manera vivían; el indio dijo que, como dicho había, estaban la tierra adentro y que él había estado allá muchas veces y había visto su trato y vivienda, que, como su vasallo, iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estas mujeres eran muchas, el indio dijo que sí, que él sabía por nombre setenta pueblos y que en algunos había estado, y contólos delante de los que allí estábamos. El capitán le dijo que si estos pueblos eran de paja; el indio dijo que no, sino de piedra y con sus puertas, y que de un pueblo a otro iban caminos cercados de una parte y de otra y a trechos por ellos puertas donde estaban guardas para cobrar derechos de los que entran. El capitán le preguntó que si estos pueblos eran muy grandes; el indio dijo que sí. Y el capitán le preguntó que si estas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se empreñaban; el indio respondió que estas mujeres participaban con hombres a ciertos tiempos y que cuando les viene aquella gana, de una cierta provincia que confina junto a ella, de un muy gran señor, que son blancos, excepto que no tienen barbas, vienen a tener parte con ellas, y el capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres, y si hembra que la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni..."¹⁰.

10. Fr. Gaspar de Carvajal, O. P. *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*. Editado por Jorge Hernández Millares. Biblioteca Americana, Fondo de Cultura Económica, pp. 104 y 105.

Pero la misma marea que le traía, le llevó desde Belem do Pará a Glasgow. Allí se encontró a William Roberts, ingeniero de máquinas que conociera en la Royal Mail. Y Roberts le convenció fácilmente de volver con él a Pará, llevando un barco, el "Brazil", para una compañía cauchera del Amazonas. Y volvió de Glasgow a Las Palmas, de Las Palmas a Río y a Belem do Pará.

La memoria se le puebla a John Brown de portuguesas alimonadas, de oscuras cariocas, y de escocesas de ojos claros. Carbón y mujeres, flotando sobre el mar. El ron de los trópicos mezclado con el duro whisky de Glasgow. Y la curiosa vida empujada por el acontecimiento del último momento. John Brown no poseía colchón, no lo necesitaba, era un estorbo. Su hogar era el Seaman's Home, la litera estrecha del barco, el lecho ocasional de la mujer de puerto. A la deriva, iba haciendo su vida a medida que las solicitudes del mundo se lo decretaban, y podía cambiar con facilidad un lecho por otro, una vida por otra, un peligro por otro nuevo. Solamente, en un escondite seguro, reposaban las monedas de oro que iba juntando trabajosamente y que iban hacia Chicago cada año. No tenía nostalgia de paisajes, porque su único centro era la sala de máquinas, el carbón crepitante. Tanto daba un sitio, como otro. Aventuraba, no por sed de emoción, sino porque eso era lo que conocía, era cuanto le había dado la vida.

Al volver del Brasil —por primera vez como pasajero, con pasaje pagado y derecho al ocio de a bordo—, pensaba ya qué ruta podría conseguir. Lo mismo le hubiese dado tener que doblar el Cabo de Buena Esperanza, que ir hacia Shanghai. Volvió a Glasgow y a Southampton, allí renovó antiguos conocimientos y se encontró de nuevo yendo hacia Jamaica. De Margaret, no volvió a recibir noticias. Ni regresó, esta vez, a Liverpool. Conocía a otro marinero. Thomas Hamilton, con quien en Glasgow se enroló de nuevo. Y otra vez hacia el Amazonas, en un barco que se le entregaría a la Casa López, cauchería del Perú. Esta vez no regresó de Belem do Pará. El barco fue entregado en Iquitos, y allí se quedaron él y Hamilton, desorientados y solos, oyendo hablar una lengua extraña que no comprendían. Ocho días más tarde, zarpó el barco en que regresaban. Al volver a Glasgow, Roberts, el ingeniero, les requirió de nuevo para volver al Brasil. Hamilton no se enroló porque iba a casarse en Monserrat.

Y de nuevo regresó a Río. En Belem do Pará, Roberts le ofreció trabajo en un pequeño barco de 60 toneladas, que transportaba caucho, barbasco y quina, viajaba hasta Iquitos y remontaba el Ucayali. Así estuvo dos meses, hasta que un día llegó a Iquitos, pensando en volver a Europa.

Allí, en una cantina, tomando aguardiente con un compañero, volvió a oír lo que desde un principio le obsesionaba. Pasó una muchacha, y Brown la siguió con los ojos. —¿Chola? —No, india, le contestó Fernando, el peruano que le acompañaba. Viene de lejos. Y le habló largamente de los indios: —¿Se visten siempre así? preguntó Brown, cautamente. Fernando se rió. —No, andan desnudos. Si quieras verlos de cerca, ve allí a la Casa Arana, de Julio Arana, y pide trabajo.

Como la primera vez que lo oyera, Brown no salía de su asombro. No lograba concebir que la gente anduviese desnuda, viviese desnuda, trabajase desnuda. Hoy dice todavía que le impulsó a quedarse el deseo de ver cómo eran esos seres. —Vaya a la Casa Arana—, le volvieron a decir pocos días después.

Y, al volver a Iquitos después de su última navegación, cruzó la calle donde estaba el bar, y entró a la agencia de la Casa Arana. Una hora después, estaba contratado para trabajar en las caucherías, con un adelanto en el bolsillo. Al salir se tropezó con un marinero barbadiano que trabajaba con él. Eufóricamente, le contó su decisión. El barbadiano movió la cabeza, y en tono lúgubre le dijo:

—Malo. Allá matan gente. Hay indios bravos. Dicen que no se vuelve. Y se despidió finalmente.

Era a principios de 1902. A los tres días, John Brown recibía aviso de que debía embarcarse con rumbo a "La Chorrera".

El tercer infierno

A principios del siglo —en 1909— M. Henry Jalhay, cónsul general de Colombia en Bruselas, publicó un texto geográfico titulado "La Republique de Colombie". Hay algunos apartes relacionados con la explotación del caucho, de los cuales vale la pena hacer memoria:

"Esta explotación deberá tener en cuenta la conservación de los árboles de caucho, tal como la de todos los otros árboles resinosos o de goma del mismo género.

"Es estrictamente prohibido abatir los árboles, sangrarlos en las raíces o de cualquier otra manera que pueda agotarlos. Las incisiones no pueden practicarse ni por debajo de 40 centímetros del suelo, ni por encima de dos metros hacia arriba, teniendo en cuenta las proporciones del árbol; esas incisiones sólo pueden ser hechas en la corteza, sin penetrar en el tronco".

"...Colombia posee bosques llenos de las especies más solicitadas y variadas y ofrece ventajas incomparables para el cultivo de ese producto.

"El 'Castilloa elástica', que introdujo el Gobierno inglés en las Indias, es originario del Istmo de Panamá; abunda sobre las márgenes del Sinú y otros ríos del interior; alcanza de 160 a 180 pies de altura; 5 pies de diámetro y da 100 libras de caucho seco. Los bosques de la región oriental de Colombia, que riegan el Caquetá, el Putumayo, el Orinoco, el Amazonas, el Guaviare, el Meta, el Vichada, etc., constituyen inmensas reservas de caucho".

"Los bosques del Magdalena, del Cauca y de sus afluentes, en el centro; del Patía, del Dagua, del San Juan, sobre la Costa Pacífica, son igualmente ricos en caucho.

"Hay en el territorio del Caquetá una especie extremadamente importante, que se cree es la misma de Pará, y cuya excelente calidad es atestiguada por los precios que se obtienen en Nueva York, a pesar de las dificultades extraordinarias de transporte. En los llanos de San Martín, se encuentra en gran cantidad una especie de Hevea, que se exporta en gran escala. Otra especie indígena, igualmente de gran valor, plantada cerca de Chaparral, a una altura de 900 metros aproximadamente sobre el nivel del mar, se desarrolla con una asombrosa rapidez y es de gran rendimiento; es el 'Sapium tolimensis', también llamado caucho blanco. Esta especie de caucho crece en las cordilleras a partir de los 2.000 metros, y es particularmente preconizada para el cultivo en tierra fría".

"En Colombia se cultiva en la zona cálida, el 'Hevea brasiliensis', y en la zona templada, el 'man hot Glaziovii' o 'ceara'. Ciertos especialistas recomiendan igualmente, para el cultivo en zona templada, el 'colorado', o caucho rosado, de la familia de los Heveas, que crece, espontáneamente en las cordilleras Central y Oriental, a una altura aproximada de 1.200 metros sobre el nivel del mar".

"El cultivo metódico del caucho, tal como se realiza hace tiempo en el Brasil, en la provincia de Pará, toma gran desarrollo en Colombia, y en particular sobre el litoral de los dos océanos y en las regiones propias para el cultivo del café.

"La exportación de caucho va en aumento. Era, en 1905, de 306.000 kilogramos, de un valor de 225.000 piastras"¹¹.

Sin saberlo, John Brown, empleado de la Casa Arana, empeataba a comprobar por sí mismo las transformaciones del Dorado, la

naturaleza cambiante del espejismo trágico, del oro y las piedras preciosas a las especias y por fin al caucho, elástico y resistente como su misma naturaleza. Atrás quedaban las cholas de Iquitos, los marineros ingleses. Brown se internaba en la selva, acodado en la proa del barco, escudriñando las márgenes para tratar de ver los salvajes desnudos, atento el oído al canto de pájaros extraños. Brown iba haciendo su propio descubrimiento y su propia conquista del infierno.

A las nueve de la mañana se había embarcado en el "Yurumagua", que iniciaba con el "Cosmopolita" su viaje periódico a traer caucho. Fuera de la tripulación iban con él cinco empleados de Arana. Pero Brown era el único proveniente de un continente distinto. Los demás eran peruanos, y tal vez un brasileño. A pesar de que comenzaba a aprender español, todavía la cortina de los idiomas diferentes le cerraba el mundo. Y su aislamiento era mayor ante la poderosa visión de la selva, del agua de los ríos, del aire caliente y tenso. Diez días de viaje había de Iquitos a La Chorrera; cuatro días tardaron en llegar a la boca del Putumayo. A veces, breves detenciones le permitían vislumbrar los indiecellos que corrían como gamos. Súbitamente, apareció una guarnición de soldados peruanos, al llegar a la boca del Igaraparaná. Y de pronto, la interjección, desde la punta de un fusil: —Oiga, ¿por qué no habla? ¡Negro cojudo! —Negro, negro, sigue repitiéndose la interjección, donde quiera que vaya. Remontando el río, más allá, llegan a Santa Julia, el puerto de los indios. Plumas y cuerpos desnudos. Los ojos de John bailan mostrando el blanco de los ojos: allí están, desnudos; si no puede tocarlos es sólo porque huyen como animales asustados.

Al día siguiente, al mediodía, La Chorrera, la soberbia cascada, la imponente casa de la factoría, el centro del imperio.

Colombia salía entonces de la guerra de los mil días, desangrada y desvalida, para caer en la separación de Panamá. Los territorios del Sur, sobre los cuales invocaba su derecho de dominio eminente, se encontraban distanciados del centro del país por los malos o ningunos caminos, por la distancia y las regiones malsanas. La gente seguía tendiendo hacia los buenos climas, colonizaba las regiones de más generosa hospitalidad. La entrada más fácil a la región del Amazonas era a través del Brasil, el mismo camino que había seguido John Brown. La ruina de la quina había causado su impacto económico sobre el país, y su impacto político traducido en la guerra. El café apenas comenzaba a anunciarse, y la demanda de caucho crecía en los mercados internacionales. La cuenca del Amazonas era el remolino que atraía negociantes y aventureros de

11. Henri Jalhay. *La République de Colombie*. Vromant Co. Bruselas. S. F. págs. 51 y 235.

todas las latitudes, y en torno al árbol del caucho iba formándose un imperio distante de la ley, sometido solamente a la voluntad de los fuertes. El vigor de la autoridad no se hacía sentir en forma alguna. Hacia 1880, habían entrado al Putumayo los primeros colonos colombianos, y el caucho había comenzado a cultivarse en las márgenes del Caraparaná y del Igaraparaná, y remontándose hacia el Caquetá. Hubo años de posesión pacífica, y sólo hacia 1900 hubo un primer amago de conflicto, al establecer los peruanos una aduana en un punto próximo a la desembocadura del Putumayo.

Sir Roger Casement en su informe a la Comisión del Parlamento británico, decía:

"Los caucheros que se establecían de esa manera tenían que apelar a los territorios peruanos y brasileños situados abajo del río para proveerse de víveres y de todo lo necesario para una existencia civilizada, así como de las mercancías indispensables para sus tratos con los indios: era imposible dirigirse a las ciudades colombianas de donde vinieran originalmente. Era cosa comparativamente fácil llevar víveres de Iquitos por la vía fluvial; en esa forma, en 1896 abrieron negocios Arana Hermanos con los caucheros colombianos. Los tratos recíprocos se hicieron cada día más grandes y terminaron en la adquisición hecha por Arana Hermanos de la mayor parte de las empresas colombianas"¹².

Las huellas de Hernán Pérez de Quesada y Juan de Sosa, habían sido borradas por la selva y el tiempo. Igualmente las misiones franciscanas del siglo XVII. Pero sin embargo, subsisten hitos como Mocoa. Hacia 1875, los hermanos Reyes, entre ellos el General Rafael, organizaron la Compañía de Reyes Hermanos, que fue la primera que navegó el Putumayo, con canoas primero, y más tarde con buques de vapor. A fines del siglo, la compañía ha desaparecido, sin embargo. Al llegar el 900, la Casa Arana está afianzando cada vez más su poder. Todas las empresas comerciales que rodean esta zona litigiosa del Amazonas, se encuentran un tanto mezcladas con problemas de soberanía, de vieja data y de larguísima proyección. Son multitud las pruebas que los libros de la época aducen para demostrar la soberanía de Colombia sobre las tierras del Putumayo y Amazonas. No es el propósito de estas notas la dilucidación de aquel conflicto, ni las diferentes etapas que revistió. Pero es necesario, para reconstruir con todo su ambiente tenso la historia de un hombre, hacer esta breve recapitulación, justamente cuando vemos que Brown des-

ciende del barco que le ha llevado a La Chorrera, y mira con ojos asombrados la gran casa.

Ya en el momento en que Brown llega, no sólo el poder sino el prestigio oscuro de la Casa Arana son conocidos a lo largo del Amazonas y sus afluentes. Corren medrosos relatos, las gentes se horrorizan, y comprueban con un estremecimiento que en las secciones del dominio no rige ley alguna salvo la de la tortura y la muerte.

Brown llega, sin embargo, desprevenido. Las consejas que ha alcanzado a entender con su rudimentario español, no le preocupan. La persecución y la muerte, piensa, se dirigen contra quien tiene algo. El, Brown, no tiene sino una muda de ropa, y unas pocas pertenencias compradas en Iquitos. A nadie le interesaría matarlo.

Son muchos los libros publicados a principios del siglo, y luego en la época del conflicto colombo-peruano, en los cuales se hace el inventario minucioso de los crímenes que patrocinó la Casa de don Julio Arana en la región del Putumayo. Desde el "Libro Azul" de Sir Roger Casement; el "Libro Rojo", publicado poco después en inglés, y luego en español en Bogotá. "Las crueidades en el Putumayo y en el Caquetá", de Vicente Olarte Camacho, donde hay el mayor inventario de crueidades y crímenes que todavía hoy estremecen de la misma manera como entonces llegaron a conmover la serenidad inglesa, y así muchos otros libros y folletos, en los cuales reposa el dossier sanguinario de esta etapa felizmente lejana de la vida del Sur de Colombia. En todos ellos, aparecen citados los mismos nombres que le oí una noche tras otra a Brown en el relato de sus años de cauchería: Aguero, O'Donnell, Normand, el mismo Arana. Y los nombres de las víctimas, innumerables. De aquellas víctimas, desde luego, que alcanzaron a dejar sus nombres, fuera de los muchos indios innombrados, matados por docenas. Nombres, para tomar uno al azar, como el de aquel Justino Hernández, que aparece en una declaración de Abelardo Calderón, muerto por Luis Alcoria por querer salir del Encanto. Y que le mereció a Belisario Suárez el apodo de "Matamuertos", porque después de muerto Justino se acercó al cadáver y dijo: "Mi revólver es muy bueno" y le disparó un tiro en la cabeza¹³.

La lectura de esos relatos de pavor, hace pensar que la selva es la que hace al hombre, y cómo se agudiza la categoría de fiera del humano cuando no le alcanza el freno de la ley. Indios muertos, cuyos cadáveres en fila alcanzarían cuadras y cuadras de la ribera de uno de

12. Libro Azul.

13. Vicente Olarte Camacho. *Las crueidades en el Putumayo y en el Caquetá*. 2a. Edición. Imprenta eléctrica, Bogotá 1911.

esos ríos inmensos. Blancos muertos, colombianos, brasileños, negros muertos, barbadanos, jamaicanos, americanos. Mujeres muertas, siempre bajo el azote de la lujuria primitiva. A través de todos esos relatos de testigos empavorecidos, aparece como si el instinto primario del hombre fuese la destrucción de la especie, a pesar de la conservación individual. Los años pasaban, ocho, nueve, diez años, y las voces de unos pocos clamaban, la muerte seguía. La Chorrera quedaba demasiado lejos del mundo. De vez en cuando, en las fiestas estruendosas de los adoradores del caucho, en la inmensa casa de La Chorrera, se oían voces de cantantes europeas, risas de mujeres de otras tierras, importadas para ver el paraíso de la selva. El "Paraíso del Diablo", como lo llamara el Daily News de Londres, la misma casa que miraba Brown ahora, con ojos asombrados sin acabar de medir, como no mediría nunca, la naturaleza del infierno que comenzaba a visitar.

Aún entonces no había comenzado el gran escándalo de Parlamento y prensa que tuvo sus saludables repercusiones en las latitudes vírgenes de los Aranas. La evolución del gran dominio iba consolidándolo, acrecentando sus caudales, permitiendo a sus dueños hacer vida de príncipes rastacueros en el otro lado del mundo.

Brown se sintió tranquilizado cuando el mayordomo Ascención López le recibió abiertamente, y le ayudó a instalarse, cuidando de que recibiese su alojamiento en una de las pequeñas casas para empleados inferiores que rodeaban la casa grande, cuya osamenta todavía puede verse.

A Miguel Loayza no se le veía sangre en las manos, ni cara de fiera. Era un mulato hercúleo, que hablaba inglés, y que le habló de un americano que se hallaba en una de las secciones apartadas. Brown seguía recorriendo con los ojos la aldea. No había indios. Supo luego que sólo aparecían en La Chorrera cuando venían a cargar o descargar el caucho. A veces, se veía pasar la india de alguno de los capataces. Brown no tenía aún nada qué hacer. Pero estaba acostumbrado a esperar, y esperó.

Al cuarto día, después de ver llegar las cargas de caucho de Entre Ríos y Matanzas, le comunicó el mayordomo que debía prepararse a viajar con Abelardo Agüero, el jefe de la sección cauchera de Abisinia.

"Hay un punto llamado 'Abisinia', cuyo dominio pertenece igualmente a la Casa Arana. En ese lugar hacían las veces de jefes de sección los chacales Abelardo Agüero y Augusto Jiménez, oriundos ambos de la ciudad de Lima. Estos dos hombres, hijos putativos del delito, eran dos libertinos de tan inmundo jaez que pasaban la vida

entre la orgía y los inmoderados placeres sensuales, ahitos de aguardiente. No había para ellos mayor regocijo que entregarse a la matanza de indios e inventaban todo género de torturas para hacer más espantosa su agonía"¹⁴.

Llegaron después de tres días de viaje a pie. Por primera vez Brown había andado entre la selva. Había pasado la mitad del tiempo preocupado de proteger la carabina Winchester y las 100 balas que le habían dado. En Abisinia vivían colombianos, brasileños, venezolanos, ecuatorianos y un americano blanco, Charles Poppe, reducidor de cabezas según técnica aprendida en sus andanzas entre las tribus. Poppe recogía pacientemente, para reducirlas, las cabezas de los indios muertos, e iba a venderlas a Santa Julia.

Brown trabajaba bajo las órdenes de Agüero y Jiménez. A veces veía como desaparecía para siempre alguno sin que se supiese cómo. Otras, presenciaba las muertes de los indios. Sabía que La Sabana era un cementerio donde se podían encontrar montones de osamentas.

Dos años estuvo en Abisinia. Su trabajo consistía en hacer "comisiones" en la selva, buscando indios nuevos —boras— para trabajar. Un capitán manejaba cada grupo indio. Para cada indio la "tarea" era de dos arrobas de caucho en 15 días. El que no la trajera, recibía látigo. Cuando el indio no trabajaba más, lo mataban. Con carabina a veces, las más con machete para no perder municiones.

—¡Vaya mate ese indio!— Tenían un campo de matanza especial a 100 metros de la casa, donde los llevaban y los mataban. A veces los quemaban. Un día Brown presenció la muerte de un indio que había hecho el amor con la chola de un blanco. Quemado en la hoguera, en medio de alardos y olor de chamusquina. Generalmente, hacían que fuesen los mismos indios, los civilizados que sabían manejar las carabinas, quienes los matasen. Los blancos se absténían cuidadosamente de hacerlo directamente, salvo en accesos de rabia o de embriaguez. Brown conoció los cepos de madera, conoció también los látigos de cuero de danta tejido, con cinco o seis chicotes, con los cuales azotaban al indio hasta desollarle la piel. Pero ese era un castigo menor.

En todos los libros sobre las actividades de los Aranas, surge el nombre del francés Eugene Robuchon. Para Brown, Robuchon significó un primer cambio en su vida de cauchero. En 1903, en mayo, Robuchon se sabía embarcado en el Havre, para Iquitos. Era

14. Ricardo Gómez A. *La guarida de los asesinos*. Popayán, 1932.

miembro de la Sociedad Geográfica de París, y anduvo explorando durante tiempos diversas regiones. En 1904 los Arana le contrataron, por instrucciones de la Cancillería peruana, para la exploración de la región del Putumayo y sus afluentes, y el estudio de la explotación de los recursos caucheros.

Según Brown, Robuchon había estado con anterioridad en otros viajes de exploración, había llevado consigo a una india, a la cual había civilizado, y se había casado con ella. Pero en este viaje, la había dejado en París. Venía tomando datos y fotografías. John registra que la casa le dio permiso de entrar, y luego salió por el Río Cahuinari, a buscar el Caquetá. Partió acompañado de tres hombres: Juan Villota, colombiano; Normand (¿acaso Armando Normand, el jefe de la sección de "Matanzas"?) y un barbadiano.

En la desembocadura del Cahuinari, Robuchon construyó su rancho e instaló sus aparatos. Tenía pocas provisiones, y envió a los tres a buscar comida en el Igaraparaná, en un paraje habitado. El esperaría con una india que llevaba consigo, y con su perro. Los tres se fueron, pero perdieron el rumbo y duraron tres meses en la selva antes de llegar a su punto de destino en el Igaraparaná.

Cuando por fin llegaron a La Chorrera, de allí enviaron orden a Abisinia de organizar una comisión de rescate que fuese en busca del francés. En la comisión, mandada por Augusto Jiménez, iba Brown. Eran doce hombres, acompañados de 15 indios carabineros.

De los doce, iban tres hombres de color, que ya no producían en los indios el asombro de las primeras veces cuando veían su piel, y les tomaban como demonios encarnados, les huían y les temían. Ya habían visto sin embargo los castigos de Normand en "Matanzas" para el grupo de hombres de color que comandaba. Y sabían que eran humanos, y sufrían y sangraban igual.

Después de gastar tres días en llegar al Cahuinari, y en construir balsas, empezaron a descender. Cinco días duraron bajando llevados por la corriente hasta llegar al Caquetá. Allí, en un claro de la selva, estaba la cabaña de Robuchon, con su lona azul, sus aparatos de fotografía, desierta. Ni el francés ni su india, ni el perro. No había huellas. Después de rastrear, de buscar por todas partes, dirigidos por Jiménez, durante varios días, llegaron a la conclusión de la muerte del explorador, bien de hambre, bien en un desesperado intento de salvarse a pie por entre la selva, o bien por un inesperado ataque de indios, pese a que no había señales de violencia.

El camino de regreso era más difícil. Había que luchar contra la corriente. Jiménez ordenó tumbar "chontas" para hacer canoas.

Los víveres no eran muy abundantes, y la construcción de las canoas demoraba. Al fin las terminaron y Jiménez dirigió el embarque. Irían Jiménez, Mora, los bogas y 10 carabineros que los protegerían. Las provisiones fueron repartidas y bajo el cañón de los rifles de Jiménez y Mora, los demás ayudaron al embarque. Se quedaban en tierra, con menos de la mitad de las provisiones, Brown, Villota, Valderrama, West, Henry, Quevedo, Daniel Albán y Esteban Muñoz, cuatro blancos y tres negros, con cinco indios.

La historia de Brown debe contarse escuetamente. Deliberadamente he evitado la elaboración literaria. Se trata de comprobar unos hechos. Deliberadamente también, he pedido prestados los ojos de quienes vieron los sitios de la vida de Brown, de manera que él no podía sentir. Y por eso ahora, hablando de la selva, hela aquí como la han visto tres generaciones colombianas, al leer la historia de la antropofagia del paisaje en las páginas de "*La Vorágine*", que a todos nos hicieron un violento impacto. Al abrir la historia de Clemente Silva (—"Yo he sido cauchero"...—) el lector se encontraba trasplantado al mundo de los Arana, embellecido por una prosa despeinada y vigorosa. Aquí está el infierno verde de Brown, en la literatura. Al azar, he escogido un pasaje, como podrían citarse muchos más:

"...Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse hace la promesa de su semilla; el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno; el chasquido de la mandíbula que devora con temor de ser devorada; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo sobreviviente; el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. Todo por el júbilo breve de vivir unas horas más.

"Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades; el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos!"¹⁵.

15. J. E. Rivera. *La Vorágine*. Ed. Festival del Libro, Bogotá, 1959, pág. 163.

Al salir, dejaron cuanto les estorbaba, llevando cada uno apenas la carabina, una hamaca y una muda de ropa. Los indios llevaban los víveres reducidos a la menor cantidad posible.

Es curioso oír el relato en labios de John Brown. Se hace inclusive monótono, por la falta de dramatismo, por la manera natural de ir contando los peligros, las dificultades, el hambre. A los 25 días de camino de regreso, no sabían por dónde iban. Se hallaban perdidos, en el momento en que, con el invierno, comenzaba la amenaza de las crecientes. No tenían en su camino otro remedio que desviarse en busca de las tierras altas. Los víveres se acabaron, y la sombra de la muerte empezó a rondar de la mano con la antropofagia. A los cuatro días de comer raíces y frutos silvestres, o algún raro animal de cacería, Brown vio que un indio tenía una lata vacía de salmón. Le avisó a los otros. ¿De dónde la había sacado? A pesar del latigo y las amenazas, el indio no confesó. Brown siguió al acecho, y persiguiendo al indio ladrón, le encontró 12 tarros de salmón. Los demás también tenían. Brown los dividió con el indio, y a los pocos días terminaba de comerse sólo la última lata, cuando apareció Valderrama tras él. —¡Negro miserable! Y se lanzó sobre él con el cuchillo. —¡Tú eras el ladrón!

Brown sabía que era inútil protestar y así lo carabina. Alcanzó a darle en un hombro, y el otro se retiró maldiciendo. Pero Brown desde ese momento sabía que su vida peligraba.

Su temor era cierto. De noche tenían que hacer turnos de guardia para protegerse, en torno al rancho elemental de hojas de palma que construían para acampar. El turno del alba lo tenían Brown, Henry y West, los tres oscuros. Nadie les llamó, y al despertarse, ya con el pleno sol, se hallaron solos. Valderrama y los otros blancos les habían abandonado. La carabina de Brown estaba allí, pero no los pertrechos. Brown arrojó al río la carabina y rehizo el bulto de su ropa. El día anterior habían mandado tres indios a explorar si había señales de vida, y no habían vuelto. Tenían que seguir solos, sin conocer el rumbo, buscando tierras altas para defenderse de la muerte. Los únicos víveres consistían en una lata de salmón que comieron reflexivamente. No llevaban sino la carabina de West, con unos pocos proyectiles. Intentaron seguir el rastro de los traidores, y encontraron esparcidas cáscaras de coco, que comieron, impotentes para partir cocos pues no poseían un machete. Al amanecer prosiguieron. Llegaron a un bajío, que no era hondo y pudieron cruzarlo. Al otro lado, intentaron encender fuego. Brown extrajo la pólvora de una de las balas y la regó sobre un trozo de camisa. Con un golpe

obtuvo una llanita, sobre la cual acumularon la leña que se quemaba lentamente y humeando. En ese instante, vio una sombra. Pensó en los indios fugitivos. Les dio el alto, mientras West los encañonaba. Eran los tres boras, uno de ellos, "cuñado" de Brown. Este había salido reticentemente de Abisinia porque pocos días antes había adquirido una mujer, una hermosa india a la cual le había dado el no pequeño nombre de "María Cristina Reina de España".

Los indios se dejaron coger mansamente. Los negros pensaron que estaban salvados. Los indios no se morían de soledad, no se extraviaban. Además, traían machetes y las hamacas. La situación cambiaba. Brown tenía tranquilidad para soñar en María Cristina Reina de España, mientras tumbado en la hamaca pensaba cuánto tiempo más duraría esa peregrinación sin saber hacia dónde. Los días iban pasando; tal vez un mes, o más. Los indios buscaban la comida: micos, borugos, cogollos tiernos de palma. West comía demasiado y Neva-Dai, el indio hermano de María Cristina, empezó a odiarle. Un día le dijo a Brown que se iba porque West devoraba toda la comida. Gracias a las súplicas de Brown, siguió 15 días. Pero West era mal compañero, y los otros lo sabían. Al llegar a una quebrada los indios dijeron que allí se quedarían. Uno se quedó, los otros se escaparon apenas les vieron dormidos. Y el que había quedado desapareció al día siguiente dejándoles la herencia de una olla y un machete.

Los tres no eran capaces de conseguir comida, no tenían el sexto sentido del indio y del baquiano. Pero resolvieron irse, echando al río todo el equipaje. Anduvieron quince días, y encontraron señales de vida, de antiguas fogatas. Era el mismo lugar donde los indios les habían abandonado, el alucinante círculo de la selva que hace sentir las vecindades de la muerte. Reanudaron el camino desesperadamente. Uno de ellos debía ir siempre con un tizón encendido, una especie de porta-llama olímpico en medio del laberinto, porque no tenían manera de volver a encender fuego, ni sabían cómo hacerlo. Las inundaciones seguían, andaban chapoteando entre los charcos, envueltos entre lianas húmedas, sosteniéndose apenas de raíces, de frutas silvestres, de aquello que lograsen atrapar y que pareciese comestible. No sabían cuánto tiempo. Dice Brown que debió ser aproximadamente un mes más, pero no lo sabe a ciencia cierta, porque iban caminando medio dormidos, atontados de fatiga y de agonía, de desolación y de hambre que hacía inclusive necesario estar vigilando al compañero que venía detrás. Pero eran tres todavía, y eso mismo los defendía, hasta que uno dijera lo que ninguno se atrevía a proponer.

Cuando debían ir a buscar leña, uno de ellos esperaba con el fuego y los otros gritaban a intervalos para no perderse. El que esperaba, contestaba. Un día Brown esperaba, gritando a intervalos. Henry regresó con la leña. West había contestado dos veces, y no contestó más. Hasta las seis gritaron, y no apareció. Al día siguiente emprendieron su búsqueda, hasta que perdieron el rastro. Pensaron que los indios lo habían matado. Henry y Brown decidieron seguir juntos, para prolongar un poco más la vida. Poco después, llegaron a un antiguo puesto y encontraron un camino de trocha que se dividía en dos, hacia el Norte y el Sur. Orientándose por el sol, decidieron ir hacia el Norte. A los 15 minutos de marcha, encontraron el río Cahuinari. A la orilla, un arrume de cáscaras de plátano, y un rancho de hoja de palma. Decidieron quedarse allí, esperando que alguien viniera. Pasaron cinco días y nadie aparecía. En esos días se alimentaron opíparamente de cáscaras de plátano cocinadas. Decidieron devolverse al Sur, a buscar el otro camino, y se extraviaron de nuevo. El hambre apretaba cada vez más, la debilidad no les permitía avanzar casi. Al llegar a una pequeña quebrada, encontraron una inmensa culebra, un "güío", y decidieron matarla. Brown tomó la carabina ya sin balas, y Henry el machete. Al dar con éste el primer golpe, el machete se le escapó de las manos y fue a dar al agua. Brown la golpeó en vano con la culata, y la culebra entró al charco. Cautelosamente, Brown se deslizó al agua, y tanteando descubrió el machete despuntado. La culebra asomó de nuevo, y después de una fatigosa lucha que sólo el hambre hizo posible, la remataron. La carabina quedó en el fondo del charco. Con el machete lograron partir el reptil en pedazos, que constituyeron durante varios días su único alimento. Al pasar el charco, hallaron de nuevo camino. Otra vez llegaron hasta la choza a la orilla del río, y el desaliento definitivo los invadió. No vamos a salir, no vamos a salir, gemía esa noche Henry. Brown se acordaba de María Cristina, y maldecía a los Aranas, a la selva, al mundo entero.

Un día mientras Henry buscaba comida, Brown estaba en la choza, y vio venir de pronto una lancha. Empezó a gritar, y al acercarse vio una mujer en ella, en medio de 20 hombres.

—¡No se acerque, la señora, estamos desnudos! — La lancha atracó. Era de un colombiano, Alfredo Calderón, quien les contó que habían sabido que estaban perdidos, y que tres meses antes los compañeros que les habían traicionado habían sido recogidos en ese mismo sitio. Les regaló una caja de fósforos, que puso fin definitivamente a la angustia de tener siempre el fuego encendido durante

días y días. Igualmente la señora les dio un pedazo de casabe y una lata de sardinas. Calderón les indicó que subiesen por la orilla, y que en tres días llegarían a su casa.

Empezaron a andar al día siguiente. A los tres, los cinco, los diez días, nada. Las quebradas crecidas les interrumpían el camino, y estaban perdidos de nuevo. Una noche, a la madrugada, mientras Brown vigilaba oyó cantar un gallo. Al abrir el día, siguieron andando, y hallaron otro camino que se partía entre Norte y Sur. Siguieron al Norte. A los cincuenta metros, un perro se lanzó contra ellos. Luego hallaron una canoa en construcción. Después un claro de la selva, y una casa. No sabían si eran indios bravos, pero gritaron, jugándose todo. Salieron blancos e indios. Un peruano de apellido Vélez, les recibió. Era la casa de Calderón, pero éste era apenas un empleado. Les dieron vestidos y, sentados en paz, ya seguros de vivir, veían los indios que se movían y venían de la selva, buscando caucho. Allí pasaron varios días. Lo primero que tomaron fue té sin dulce, y poco a poco les fueron rationando comida a sus estómagos despedazados y enfermos. Después de ocho días, fueron empezando a tomar de nuevo sal, a descubrir las virtudes del sabor. Les ofrecieron darles trabajo. "¡Aquí no matamos, ni damos latigazos!" Pero los dos temieron perderse así, y resolvieron volver. Les enviaron con un guía al puerto de Arana, donde tomaron una lancha de la Casa, y se dirigieron a La Chorrera. Habían durado varios meses perdidos. Era marzo de 1906.

Del destino de Robuchon, nada se supo nunca. Dice Brown que los Arana le hicieron matar, porque, a pesar de estar contratado por ellos, era peligroso. Cuando les enviaron en comisión en su búsqueda, ya estaba muerto. Y los empleados de Arana lo sabían. Brown habla de Richard, un americano, que desapareció también y que le había hablado de un libro que publicaría. Jamás pudo salir y se perdió. Se le halló muerto, se decía que por su criado indio.

Brown se encontró de nuevo en Abisinia. Siguió buscando indios, mejor dicho, cazándolos para llevarlos a trabajar. Las comisiones eran de 15 a 25 hombres armados, cercaban a los indios, los amarraban y los traían con las mujeres. Poco después de su regreso tuvo que perseguir, formando parte de una comisión, al cacique de los Boras, que se rebeló contra la Casa. Su nombre era Bravo. Había matado a muchos, y se escapó. Vivía en la región de Morelia. Para escaparse había matado a dos blancos, y estaba listo a defenderse.

Agüero y Tomás Juan, se fueron con una comisión de sesenta hombres a cazarlo. Al llegar al Cahuinari, lo atravesaron en

balsas hasta la otra ribera, donde estaba el Bravo, armado y con gente. Se dividieron en dos grupos para cercarlo. Agüero era hombre práctico en este género de cacería. Apenas los indios los sintieron, comenzaron a abalearlos desde el rancho del Bravo. Después de un largo tiroteo que les causó varios muertos, lograron tomar el rancho y atrapar al jefe indio herido, con más de cincuenta indios todavía vivos, que fueron sumariamente ajusticiados por los indios amaestrados. Los blancos, insiste Brown, mataban muy poco; lo hacían por medio de los indios. En los años que pasó en la sección de Abisinia fueron muchos los muertos, pero la consigna era callar y olvidar, porque la Casa hacía matar a los que hablaban y recordaban. Por eso nada salía de allá, ni nadie, salvo con la expresa voluntad de los amos.

En una ocasión vio a Jiménez y a Agüero atrapar a un indio a quien acusaban de haber matado blancos. Lo crucificaron a cien metros de distancia, y se entretuvieron largo tiempo en tirar al blanco para sacarle los ojos. Era un Bora. Nunca los enterraban. Preferían arrojarlos a su siniestro cementerio, o quemarlos. En la sección de "Matanzas", donde mandaba Armando Normand, había horribles historias. Normand no gastaba bala ni machete: los atrapaba, los empapaba en petróleo y los encendía. En Entre Ríos, el limeño O'Donnell los hacía amarrar a estacas, boca abajo, con las piernas abiertas. Les daba látigo hasta matarlos. Si quería salvarlos, a la primera sangre les lavaba con agua sal y les ponía en el cepo. El machete, en estas regiones, propiciaba una gran economía de balas cuando de humanos se trataba. Lo mismo que el petróleo.

Maria Cristina seguía acompañando a Brown en sus correñas por los dominios de la Casa Arana. Desde 1906, pasó a trabajar a La Chorrera, como aserrador, y después como correo entre La Chorrera y El Encanto. La pesadilla de Abisinia parecía lejana. El trato aquí era mejor y más suave. Ganaba cincuenta libras por mes y, como a nadie ofendía, nadie le atormentaba. Allí no le mandaban a atrapar indios.

* * *

El segundo encuentro trascendental de la vida de Brown, después de la sombra del muerto Robuchon, que le llevó también cerca a la muerte, ocurrió entonces.

El relato es confuso y fragmentario. Los ochenta años de Brown, por una parte, y por otra, el papel de comparsa que hubo de

jugar, no permiten establecer mayor claridad. Pero hay una persona que interviene en el relato, que es, probablemente a todas luces, el mismo W. Hardenburg, (Whiffen, deletrea trabajosamente Brown) que con sus publicaciones desencadenó la tempestad en el dominio del caucho, desde Londres; pero en su relato, se unen las dos personas.

En "El libro rojo del Putumayo" ya citado, se encuentra una serie de datos de interés sobre Hardenburg y su campaña, a la cual se debió que Europa volviera los ojos a la mancha roja de las caucherías. En 1900, Benjamín Larrañaga, colombiano que trabajaba desde 1880 en el Sur, se asoció con Julio C. Arana, para la explotación del caucho. Arana trabajaba también desde 1876, se recordará. "La Chorrera", había sido un puesto establecido por Larrañaga. "Larrañaga —dice El libro rojo— murió con todos los síntomas del envenenamiento por arsénico; su hijo y heredero fue puesto en la cárcel en Iquitos, y poco después desapareció, según se dijo, entre los indios. Debe recordarse que durante mucho tiempo la cárcel de Iquitos se llamaba irónicamente "oficina de la Casa Arana", pues los colombianos que no eran asesinados eran llevados allí irremediablemente. Una vez en la cárcel, se les proponía negocio en esta forma: "O nos venden su tierra por tanto (aquí el precio) o se mueren en la cárcel"...

En "Por la América del Sur", tomo II, del General Rafael Uribe Uribe, se hace bajo el título de "Víctimas de la Casa Arana" una relación escalofriante de los casos conocidos más importantes de crímenes allí cometidos. Y allí se señala al "farmacéutico francés Rabouchon" (así escrito), como cómplice en el asesinato de Larrañaga. (T. II, pág. 564).

Al disolverse "Larrañaga, Arana y Compañía", la reemplazó "Arana Vega y Compañía". En 26 de septiembre de 1907 se constituyó la "Peruvian Amazon Company Limited", sindicato inglés cuyo control estaba en manos de J. C. Arana y Hermanos, nueva razón social de la Casa Arana. En diciembre de 1908, se abrieron al mercado las suscripciones públicas. Ya en este momento, el problema internacional de límites entre Colombia y el Perú, tuvo incidencia en el éxito de esta suscripción pública, debido a las protestas presentadas por el cónsul de Colombia, sobre dominio colombiano en el territorio del Putumayo. Pero además, y de muy principal manera, tuvieron importancia las actuaciones de Hardenburg. Este publicó en 1909, a través de "Truth", sus revelaciones sobre la sangrienta existencia de las caucherías de los Arana. La opinión pública se estre-

meció. El dinero inglés estaba mezclado en la empresa explotadora de las caucherías del Putumayo. El libro "El Putumayo" de Hardenburg, apareció entonces, con un relato cuidadosamente documentado de sus viajes, y luego apareció un libro del sub-director de "Truth", Paternoster: "Los dueños del Paraíso del Diablo". Desde ese momento, el Foreign Office se puso en movimiento, e inició una investigación independiente. Hardenburg fue preso por las fuerzas peruanas, perseguido por los Aranas, hostilizado. Estando Brown en Iquitos —viendo después de mucho tiempo a Carmen Maceo, a quien dejara años atrás instalada y esperando un hijo— le encontró. Hardenburg le contrató y se dirigieron a La Chorrera. Brown era todavía empleado de la Casa, y llegó presentándole como una persona que deseaba conocer las caucherías para ver si se quedaba trabajando allí. Víctor Maceo, el director, le recibió, le alojó espléndidamente, y le puso a las órdenes a Brown. Después de un recorrido en el cual consiguió acumular una serie de datos que después presentaría en su libro, regresó a Iquitos, diciéndose enfermo. Luego vinieron sus andanzas con Perkins, su prisión, el complemento de todos los datos que pacientemente había ido recogiendo.

Días después, Brown pidió que se le liquidara su cuenta, para ir a ver a su madre. No hubo discusión; le pagaron, deduciendo sus escasas deudas. Al llegar a Iquitos, tuvo noticia de que Hardenburg viajaba a Europa. Se embarcó también, y en Londres se transformó en una especie de escolta de Hardenburg.

Hay momentos en el relato en que parece que la leyenda se mezcla con los hechos históricos. Pero la minuciosidad de él, aboga en su favor. Las confusiones, los nombres errados que pueden a veces aparecer, bien pueden ser errores de memoria, bien pueden ser complementos inconscientes de la historia. Pero el esqueleto de ella tiene un sello de verdad. Al fin y al cabo, si la historia de los países es minuciosa como una ciencia exacta, la de los hombres bien puede en ocasiones confundirse un tanto con la leyenda. Ciñéndome a los apuntes tomados en las conversaciones con Brown, y consciente de que a veces puede haber en ello inexactitudes, sigo deshilvanando esta madeja un tanto complicada. Brown cuenta una dramática entrevista de Hardenburg con Arana, llena de amenazas de persecución por parte de éste. La vida para John, proveniente del infierno del caucho, era halagadora. Se había acostumbrado a mirar un tanto por encima del hombro a Teresa y Josefina, las dos huitotas que Hardenburg llevó consigo.

De Londres, todavía con restos de sus dineros, John se encaminó a Chicago, mientras se desarrollaba el escándalo del caucho. Vio

allí a su madre y a sus hermanos. Y repentinamente decidió marcharse. Mucho tiempo antes (todo ocurre así en su historia) había conocido una linda mulata, en Monserrat. Se llamaba Francisca Greenaway. Desde 1899, no tenía noticias de ella. A veces la había recordado, y ahora pensó que debía sentar cabeza. Habían pasado diez años. Sin embargo, la encontró. Sin mayores ceremonias, cuando ella lo hubo reconocido, le manifestó que iba a casarse con ella. Ella no tuvo inconveniente, y fue así como Brown sentó sus reales durante varios meses. Ella estaba encinta, cuando John recibió una carta de aviso de la madre. Le enviaba un cable recibido de Londres, en el cual se le pedía que como conocedor del territorio, acompañase a Sir Roger Casement, quien con investidura de Cónsul General, viajaba a realizar una investigación para el Foreign Office sobre la responsabilidad de los directores ingleses de la Peruvian Amazon Co. Ltda., en las atrocidades del Putumayo, cuyo escándalo había ascendido a las esferas oficiales. Debía reunírselos en Barbados. Brown se embarcó en un transporte brasiler, pero a su llegada a Barbados, ya Casement estaba llegando a Belem do Pará. Recibió sus instrucciones y le siguió, reuniéndose con él en Iquitos. Luego, siguieron por el Putumayo en la famosa lancha "Liberal". La Compañía Arana había dado previamente aviso del arribo del Cónsul, el cual fue recibido ampliamente. Ya muchas de las pruebas se habían esfumado. Mientras John lo acompañaba, observaba cosas que habían cambiado misteriosamente. De los jefes, la mayor parte había huido. Quedaban Maceo y Miguel Loayza. En La Chorrera, Casement halló un grupo de barbadanos y jamaicanos, a los cuales se llevó consigo. Fue aquella la promesa a que se refieren los documentos, de someterlos a la jurisdicción de los jueces de Iquitos¹⁶.

Casement hizo cuidadosamente su investigación, y partió de nuevo a Inglaterra llevando un dossier que después sería el Libro Azul

16. Pocos años después de publicado este relato, la "Olympia Press" de París publicó los *Black Diaries* de Sir Roger Casement, que se refieren al viaje que Sir Roger realizó al Amazonas, comisionado por el Parlamento Británico. Allí Casement relata su travesía, con observaciones personales, e incluso íntimas. El libro fue publicado en París por la Olympia Press, ya que no era posible publicarlo en Inglaterra, por la condición homosexual del autor, y su actitud durante la primera guerra mundial, que le valió su muerte. En el texto del Diario, Casement se refiere en varias ocasiones a Brown, en forma dura y despectiva. Relata que le acompañó, y lo califica como "a useless brute". Sin embargo, por el texto del Diario se ve la utilidad que Brown tuvo para su difícil viaje.

Inglés, cuya conclusión era la de la necesidad de la clausura de las explotaciones de caucho, para lograr la supresión de la crueldad y el crimen. Brown habla con respeto de Casement; sin embargo, se queja de que sus servicios no le fueron remunerados. Le pregunta si supo algo más de él, y me dice: —“Sí, fue fusilado por traidor en la guerra mundial. Los ingleses lo sorprendieron entrando en Irlanda con un barco de municiones para los rebeldes irlandeses. El era también irlandés”.

En 1912, se publicó el *Libro Azul*, con base en el infierno de Sir Roger. Efectivamente, la vida de éste termina en la forma que registra así, al lado de su retrato, en actitud melancólica, de barba eduardiana, la “Historia Universal” de W. Goetz:

“...Un motivo muy particular de inquietud produjo la conducta de Irlanda durante la guerra. Ya conocemos el descontento que reinaba en esta región y sabemos que poco antes de estallar la guerra mundial la isla estaba a punto de sublevarse. El partido de los fenianos, que pedía la total independencia de Irlanda, fue ganando cada vez más terreno, y encontró en De Valera un jefe enérgico y resuelto. También los obispos católicos del país se pusieron del lado de este movimiento. El obispo de Limerick declaró públicamente: “Esta guerra no es la guerra de Irlanda”. Los irlandeses se negaron a ir al ejército y opusieron la más resuelta oposición (sic) a la implantación del servicio militar obligatorio. En abril de 1916 estalló abiertamente la sublevación. Uno de los jefes irlandeses, Sir Roger Casement, había puesto en relación con Alemania, e intentó, con ayuda alemana, un desembarco en la costa occidental de Irlanda. Pero habiendo sido el plan relatado a los ingleses, fue preso y ejecutado. Para sus compatriotas fue el mártir de la causa común. Bernard Shaw, que también es irlandés, escribió entonces que Casement tenía que morir porque era un irlandés de sentimientos nacionales y defendía la opinión de que la lucha de Irlanda contra Inglaterra era tan legítima como la lucha de los serbios contra la dominación turca”¹⁷.

Brown permanecía en Iquitos. La comisión de los cónsules, en la cual figuraba el cónsul inglés Mitchell, le llevó a La Chorrera de nuevo, como intérprete de dialectos. Recorrieron todas las secciones, acompañados del mismo Julio Arana. Brown cuenta que en alguna ocasión éste trató de intimidarle. A pesar de todo lo escondido, la comisión encontró una serie de hechos que sirvieron para

aumentar el trágico expediente. La Cámara de los Comunes realizaba agitados debates sobre los hechos del Putumayo. El problema internacional entró de lleno en el tapete.

Brown volvió a Iquitos de nuevo. Una tarde, estaba en un bar y pasó un “cholo” peruano, Miguel, quien siempre le pedía aguardiente y había protegido a los suyos en su ausencia. Sentándose a su lado, y casi sin mover los labios, murmuró:

—¿Sabes que un hombre que los dos sabemos que es un asesino me preguntó dónde vives?

Fue suficiente, después de la amenaza de Arana. Le dejó unas monedas a su mujer —la otra— y se fue a un puesto lejano. Volvió de noche. El “Atahualpa”, de Budd & Co., estaba fondeando en el puerto. Se subió como una sombra, y pasó al Brasil. Desde 1912, nunca volvió a Iquitos, donde vivían su mujer peruana y sus hijos. Como tampoco a Monserrat.

* * *

Vivió desde entonces en el Brasil, hasta 1972, trabajando por temporadas en Colombia, en extracción de caucho y balata. En la época de “La Pedrera” estuvo en Colombia, y participó en el combate. Allí, dice, conoció al General Gamboa. Desde 1917, empezó a vivir en Colombia: “La patria” dice, aunque nunca haya tenido medios económicos para obtener carta de naturaleza. Cuando el conflicto de 1932, estaba en La Pedrera. Recuerda nombres de los militares de entonces: Gabriel Uribe, Acevedo, Reyes, Julio Cervantes, el Coronel Solano, el Mayor Collazos.

Poco a poco, fue hundiéndose en la soledad, fundando puestos remotos a la orilla de los ríos, solo con indios, sin mezclarse a los blancos. En su soledad, en el poder que le daba la dirección del puesto, “Puesto Brown”, encontró una manera de felicidad. La naturaleza le daba frutos, carne, mujeres indígenas. Como una especie de rey negro, un emperador Jones frustrado, siguió deambulando por los sitios distantes, a los cuales la fantasía urbana presta atributos desconocidos, sin descubrir el por qué de su belleza auténtica, ni la razón por la cual el hombre que penetra a la selva queda tocado para siempre, cautivo. Querría, ahora, leerle este párrafo de Fr. Alonso de Sandoval,¹⁸ a él, al habitante de la Abisinia de los Aranas:

17. W. Goetz. *Historia Universal*. Tomo IX. Sistema de los Estados Mundiales. Capítulo sobre los estados anglosajones en el siglo XIX, por Félix Salomón, pág. 117.

18. *De Instauranda Aethiopum salute*. 1627. Reed. Biblioteca de la Presidencia, 1956, pág. 25.

“...Dicen pues éstos que la causa de ser los etíopes negros proviene del calor que está en la superficie del cuerpo, que abrasa y quema la cutis, por ser las tierras en que habitan con extraordinaria violencia heridas del sol, y por consiguiente muy calurosas. Por lo cual dice Bercor que están llenas de serpientes, basiliscos, dragones, unicornios y otras bestias fieras, y por los excesivos calores que padecen son sus moradores negros, y allí hay muchos hombres monstruosos que maldicen al sol por lo mucho que siempre los abrasa...”

Tal vez lo que me movió a registrar su vida, no fue tanto el interés evidente de su relación con una época de trágico interés en la historia de la evolución latinoamericana, cuanto su mismo fenómeno humano. Su condición de serenidad, de alegría casi, de optimismo. Su confianza en las gentes, en los mismos que le hicieron la vida difícil y azarosa. Es un hombre tranquilo y apacible, que murmura suavemente: “—Sí, doctor...” ante las preguntas a veces impertinentes. Que no tiene inconveniente en contar y recontar los rincones secretos de su vida, en donde está su historia. Cincuenta años viviendo, pecando y luchando al aire libre no son cosa que se resbale por encima del espíritu sin hacer mella. Su tranquilidad y su simplicidad son las de los ríos y los árboles. Eso es todo. Es un hombre sin rencor, sin complejos de odio. Sus recuerdos de pasadas vejaciones son apenas una vaga melancolía. Sus esposas son recuerdos lejanos. No conoce la cara de varones de la mayor parte de sus hijos, diseminados por el mundo. No ha podido conocer ni el tedio ni los placeres del aburguesamiento, ni su influjo destructor sobre el impulso vital. Jamás se ha sentido amarrado a un sitio, por cosas o personas. Relata interminablemente las historias y las leyendas de la selva. Lo cierto y lo incierto han terminado por formar para él una mezcla indestructible. Su relato es un relato escueto. Pero de pronto surgen en él las frases hechas con las cuales aprendió el español, y ha escuchado el elogio de su vida, extraordinaria sin serlo. Es la vida de uno de los tantos caucheros de la selva amazónica. Pero vivida durante más de cincuenta años.

Desde 1955, trabaja en la Base de Puerto Leguízamo. Sus fuerzas han disminuido con los años y, sobre todo, el impulso vital de andar a la deriva. De vez en cuando como los viejos conquistadores españoles en sus años de otoño dirigían peticiones a la Corona, para obtener recompensas que jamás llegaban, dirige un memorial respetuoso al Gobierno, pidiendo un auxilio que las leyes no autorizan. El tiempo pasa sin ruido, lentamente, como el mismo fluir de los ríos. Y Brown envejece como un palo seco lleno de historias, sonriente y sin escepticismo ni confianza.

Cuando César Ritz iniciaba su carrera de hotelero, que culminaría en 1898 con la fundación del Ritz, Julio Arana comenzaba a operar en el reino del caucho. Y John Brown trabajaba en la cocina de un hotel de París. Si el marinero negro no le hubiese arrastrado a Liverpool, los ojos de John habrían visto todo el esplendor de la Belle Epoque, su último estremecimiento de placer al diluirse en la guerra del 14, en vez de la luz verde de la selva. En cambio, se vino a vivir 50 años de soledad, que hoy en día no es capaz de cambiar. Cuando niño huía del paso de los coches, se atravesaba entre los cascos de los caballos. Hoy llega a Bogotá y le sorprenden el paso del bus rojo, del automóvil o el camión. Las calles le son extrañas, se encuentra como fuera del mundo. En Londres, en París o New York se sentía mejor por cuanto tienen de desierto, de soledad o selva, las grandes ciudades. Pero en ninguna parte como en su rincón de Puerto Leguízamo, donde las horas corren al mismo ritmo del agua.

Su misma soledad le ha hecho solo en afectos. La misma insistencia con que evoca a su madre, hace ver un fondo de remordimiento por su abandono irremediable. Sus mujeres surgen de pronto, y desaparecen comidas por el mar.

El Dorado no lo tentó. Trata de reconstruir un espejismo de oro, pero le bastaba el poco que atesoraba de sus pagos frugales. Su viaje al Dorado es el último viaje, un viaje en sentido negativo. Brown viajó siempre hacia El Dorado sin perseguirlo. Es el mismo infierno, la aceptación filosófica y tranquila del infierno.

Sale de mi casa, por última vez, con el sombrero grande encasquetado hasta las cejas. Ha dicho otra vez “Sí, doctor” ...Se ha reído de pensar lo que opinarían Henry, o Margaret, o Amanda Cabrest, o María Cristina Reina de España, al conocer el relato de su vida, al ver aparecer sus nombres en letras negras. También tiene derecho a entusiasmarse. Como de pronto, cuando habla de la soledad, de su soledad. O cuando en su voz se oyen los ecos de las latitudes inverosímiles: un mes, dos meses de camino. “Yo también canto a América, soy el hermano negro...” decía Langston Hughes. John Brown se ríe suavemente. “Sí, doctor...”. Y su sonrisa flota por encima de la selva inhumana. Tan ancha como lo más ancho del río.

(1960)